

Una Vida de Maupassant (1883)

Estructura de la novela: el tiempo y la duración en Una vida.

El título que Maupassant da a su primera novela llama la atención ante todo por su simplicidad. En efecto, la utilización del artículo indefinido, sin adjetivo, anuncia el relato de una existencia cualquiera, banal. Ahora bien, puede ser leído como el relato de una vida ejemplar y única.

Es al abrir la primera página cuando el lector descubre a quién pertenece esta vida en la que él va a hundirse. «*Jeanne, habiendo acabado de deshacer sus maletas, se acercó a la ventana, pero la lluvia no cesaba.*»

La estructura de la obra se define según el personaje de Jeanne. Cada etapa de la novela está caracterizada por un hecho determinante en la vida de la protagonista. La ficción se desarrolla desde 1819 a 1848, o sea una treintena de años expuestos en aproximadamente unas doscientas páginas.

La vida de Jeanne es presentada cronológicamente y todos los acontecimientos relatados por el autor solamente conciernen a su personaje principal. Los demás personajes no aparecen más que para intervenir en la vida de Jeanne.

Estructura de la ficción en la novela

Capítulo	Indicaciones temporales	Duración	Nº pág
CAPÍTULO I	3 y 4 de mayo de 1819 (a los dos días siguientes de la salida del convento)	2 días	17
CAPÍTULO II	Ninguna indicación precisa. Algunas semanas		8
CAPÍTULO III	Hasta finales de junio de 1919. Algunas semanas		17
CAPÍTULO IV	6 semanas		19
CAPÍTULO V	- 19 de agosto de 1819 (4 días después de la boda); partida para Marsella. - 27 de agosto de 1819 (después de 8 días de viaje); llegada a Marsella. - 28 de agosto de 1819; salida de Marsella para Ajaccio. - 29 de agosto de 1819; llegada a Córcega. - 15 de octubre de 1819; regreso a Marsella. - 19 de octubre de 1819; llegada a París. - 27 de octubre de 1819; salida de París, regreso a los Peuples.	2 meses y 8 días	16
CAPÍTULO VI	De dos a tres meses		20
CAPÍTULO VII	Finales de enero de 1820 (parto de Rosalie) a finales del invierno	2 a 3 meses	26
CAPÍTULO VIII	Desde la primavera al verano de 1820	3 meses más o menos	14
CAPÍTULO IX	Desde el invierno de 1820 a la primavera de 1821	4 a 5 meses	28
CAPÍTULO X	De junio de 1821 a mayo de 1822	11 meses	25
CAPÍTULO XI	Desde la primavera de 1822 a mayo de 1844	22 años	25
CAPÍTULO XII	Desde el invierno de 1884 al otoño de 1845	9 meses	10
CAPÍTULO XIII	Del otoño de 1845 al otoño de 1847	2 años	15
CAPÍTULO XIV	Del otoño de 1847 a la primavera de 1848	6 meses	12

El tiempo de la ficción

La duración de la ficción de la novela se corresponde con los veintinueve años en el transcurso de los cuales el lector sigue la evolución de Jeanne. La novela comienza un 3 de mayo de 1819 y finaliza en la primavera de 1848. Se descubre en ella una Jeanne desde los diecisiete años hasta su prematura vejez a la edad de cuarenta y seis años.

1819 es una fecha clave en la arquitectura de la novela. Los seis primeros capítulos relatan siete meses de la existencia de la protagonista (de mayo a diciembre) y ocupan una tercera parte de la novela. Es el momento en el que Jeanne reencuentra su libertad tras cinco largos años pasados en un convento. Es también el año del regreso al castillo de su infancia donde reina un bienestar y una cierta felicidad familiar.

Por otra parte, 1819 es el año en el que ella conoce a Julien y los dulces gozos del noviazgo tan soñados, donde se casa y se encuentra cara a cara con sus desilusiones.

Es también cuando se produce un viaje de luna de miel a Córcega, un periodo dedicado al descubrimiento de paisajes maravillosos.

Y por último, el regreso a los Peuples y la partida de los padres de Jeanne para Ruán.

Todos estos acontecimientos reflejan las etapas de la educación sentimental de la protagonista y la sumen en la dura realidad. La joven inocente del principio se convierte poco a poco en una mujer desengañada que vive esencialmente en su pasado.

El capítulo XI comporta veintidós años de la existencia de Jeanne en una veintena de páginas. El relato se acelera considerablemente puesto que no aparece ningún elemento fundamental en la vida de Jeanne desde la marcha de Paul del castillo en 1840. Los años se suceden entonces en la monotonía y el aburrimiento, en la espera de las visitas del barón y de la tía Lison.

El reparto de los indicios temporales precisos en el relato es bastante irregular. Los capítulos II y III no comportan ninguno, esos dos capítulos corresponden a un periodo (entre mayo y julio de 1819) donde Jeanne vive en armonía con su libertad recuperada y sus sueños. El capítulo V da una progresión precisa del viaje de luna de miel, mientras que el capítulo XI evoluciona en función del crecimiento de Paul.

Maupassant puntúa pues su novela con fechas que tienen un rol esencial en la progresión de los hechos relatados. La evolución del personaje, los días, los meses, los años que pasan en el curso de los diferentes capítulos derivan de la subjetividad de Jeanne. Según Bernard Valette, en Estudios literarios, «*La duración en la novela sigue el ritmo biofísico de Jeanne y no la temporalidad racional.*»

El tiempo de la narración

En su famoso prefacio a Pierre y Jean, Maupassant definió del siguiente modo el trabajo del novelista y las dificultades encontradas en las elecciones narrativas: «*Contar todo sería imposible pues se necesitaría un volumen por jornada para enumerar la multitud de insignificantes incidentes que llenan nuestra vida. Se impone pues una elección... He aquí la razón por la que el artista, habiendo elegido su tema, no tomará en esta vida atestada de azares y futilidades más que los detalles característicos útiles a su tema.*»

Una vida es fiel reflejo de la teoría del autor sobre la novela.

Algunas escenas están descritas de tal modo que el tiempo de la narración corresponde exactamente al de la ficción; así la primera noche que Jeanne pasa en los Peuples, o el viaje en barco para ir a Étretat o incluso la noche de bodas.

Otras escenas están construidas con un cierto desajuste, donde el tiempo de la narración es más corto que el de la ficción, una noción que se podría denominar «sumaria». Maupassant se limita a proporcionar algunos indicios temporales vagos: «*nada nuevo sucede*»; «*transcurría diciembre*»; «*marzo fue luminoso*».

El relato está bastante salpicado de pausas en la narración que interrumpen la progresión narrativa. Se trata esencialmente de pasajes descriptivos tales como la descripción de la habitación de Jeanne o un poco más adelante la descripción de la tía Lison.

Aparecen numerosas elipsis en la novela y pasan de un modo silencioso una gran parte de la ficción.

A título de ejemplo, el capítulo II, se cierra sobre la visita del cura Picot, mientras que el capítulo III se obra mediante «*El domingo siguiente*».

Sin embargo, hay que destacar una constante de linealidad entre los diferentes capítulos, especialmente entre los capítulos XIII y XIV: al final del capítulo XIII «*Jeanne volvió a partir para Batteville*» y al principio del capítulo siguiente «*Entonces ella no salía*». Incluso si frecuentemente en su novela Maupassant usa elipsis y hace malabarismos con los ritmos narrativos, su estructura respeta una cronología muy precisa.

Uno de los capítulos más representativos de la habilidad del autor a la hora de manejar los tiempos, es el capítulo IX. En efecto, se encuentra allí un aumento notable de resúmenes, de pausas y de elipses que, no solamente dan ritmo al relato, sino que se definen según los estados del alma y las percepciones de Jeanne. Ella descubre el cuerpo de su madre a la que vela durante dos horas, el curso de la narración es interrumpido a continuación por sus preguntas sobre el descanso del alma, seguidas de la lectura de las cartas hasta el amanecer (lo que marca claramente una pausa en la narración). Luego, finalmente el relato progresa rápidamente gracias a algunas elipsis, especialmente concernientes al día siguiente a la muerte de la baronesa.

El ritmo de la narración en *Una vida* subraya la importancia concedida a los acontecimientos, los minimiza o los eclipsa según la percepción que Jeanne tiene de su vida, puesto que todo lo demás es del orden del «*detalle insignificante e inútil*».

El personaje de Jeanne

El personaje de Jeanne domina la novela y su vida es percibida a través de la dualidad entre sus expectativas y sus desilusiones. Está presente en cada capítulo y el lector puede de este modo, no solamente seguir su evolución sino también definir y fortalecer su retrato físico y psicológico mediante sus pensamientos y su pasividad. Aun cuando el título de la novela diga poco sobre lo que el lector espera (recordemos el indefinido «una» en detrimento de un título más revelador tal como «La vida de Jeanne»), eso no impide que la vida de Jeanne pueda pertenecer a no importa qué mujer.

Con frecuencia comparada con Emma Bovary, Jeanne es un ser sumiso que se somete a lo que la rodea y que no cesa de vivir en el pasado y de sus recuerdos.

Jeanne o las etapas de la vida de una mujer

La existencia de Jeanne está marcada por diferentes etapas cronológicas y los grandes momentos de su existencia aparecen al final de los capítulos. Su vida puede entonces ser resumida en cinco etapas:

- Capítulos I a III, una vida de joven soltera;
- capítulos IV a VII, una vida de joven esposa;

- capítulos VIII a X, una vida de madre y de viuda;
- capítulos XI a XIV, una vida de madre prematuramente envejecida y de abuela;
- última página, una última etapa en esta vida de mujer.

Los capítulos I a III están esencialmente dedicados a su vida de joven soltera. Jeanne tiene 17 años y el autor resume lo que fue su existencia antes del convento. Hasta los 12 años, edad que marcará su entrada en el convento, vive mimada en los Peuples para a continuación encontrarse «*severamente encerrada, enclaustrada, ignorada e ignorante de los asuntos humanos...*» Su salida del convento toma aires de renacimiento, ella está entonces «*radiante, llena de savia y de apetitos de felicidad*» y «*una vida encantadora*» comienza para ella.

El ritmo de su tiempo está determinado por sus lecturas, por su deslumbramiento ante los suntuosos paisajes que le ofrece su tierra natal, por sus paseos sobre el agua, sus baños, hasta que ella se encuentra con el que se convertirá en su marido. Este periodo que se desarrolla durante tres meses es el único en el que Jeanne siente una auténtica felicidad, otro tanto como su encuentro con Julien, tan esperado, se traduce por un noviazgo y una boda.

En los capítulos IV a VII es la joven esposa la que aparece. Una mujer que se encuentra sola frente a la cruda realidad de la existencia. Se convierte en mujer mediante una violación legítima. Impactada, es un camino lleno de desilusiones que se le abre y es el aburrimiento que, desde entonces, ocupa sus días.

El descubrimiento del adulterio de Julien con Rosalie es otro golpe que le aporta el destino. Aun cuando sus primeras reacciones son la cólera y un dolor que la incitan al suicidio, acaba por abandonarse en un abatimiento y se encuentra como anestesiada «*sin fuerzas incluso para la cólera y el rencor*».

Los capítulos VIII y X están dedicados a la maternidad de Jeanne. Al principio vive su embarazo con indiferencia y cuando trae a Paul al mundo, percibe en el acontecimiento tal alivio que le permite por fin «*repeler esa carga*».

La llegada del niño se revela entonces como una «*garantía contra toda desesperación*». Jeanne adquiere los rasgos de una madre cuyo amor por su hijo es desmesurado hasta el extremo de desear otro embarazo para reemplazar a su primer hijo en caso de una desgracia. Julien muere al mismo tiempo que el segundo hijo y el capítulo X clausura su rol de esposa engañada y abandonada, indiferente a lo que la rodea.

Del capítulo XI al XIV, el personaje de Jeanne no es más que una madre que puede dedicarse con exclusividad a su hijo. Sus preocupaciones conciernen a Paul, se olvida de ella misma y, a los veintiocho años, «*parece que tiene cuarenta*». Se niega a vivir sin su hijo; es el barón quien interviene con autoridad para enviarlo al colegio. Desde entonces Jeanne conocerá el dolor de la separación y se hundirá de nuevo en la soledad. Además, la marcha de Paul con su amante, la muerte del barón y la de la tía Lison, la dejarán desesperadamente sola, al límite de sus fuerzas, privada de amor y sin dinero. Su vida se deteriora al ritmo de las hipotecas hasta la venta de la residencia familiar que la deja «*invadida por una invencible desesperanza*», semejante a un ser sin vida, inmóvil.

La última página de la novela representa la última etapa de la vida de Jeanne. La llegada del hijo de Paul provoca en ella una chispa de vida y de esperanza. Jeanne se atribuye el rol de una abuela desbordante de amor, de ternura y emoción.

Jeanne dedicará una primera parte de su existencia a lanzarse en un futuro en las formas de la felicidad, y una segunda parte esencialmente dirigida hacia el pasado.

Su relación al tiempo corresponde a un fragmento de los *Pensamientos* de Pascal cuya idea será retomada por Schopenhauer según la cual nosotros rechazamos vivir el instante presente en provecho del pasado o del futuro pues el presente «*hiere*» y «*nos*

aflige». En lugar de volvernos esencialmente hacia *«preocupaciones de futuro, o de librarnos por el contrario a las añoranzas del pasado, nunca deberíamos olvidar que únicamente el presente es real»* y que el futuro se presenta siempre contrario a nuestras aspiraciones. Unas palabras lejos de Jeanne que niega su presente para poder sobrevivir.

Jeanne o el fracaso matrimonial

Desde el principio de la novela, todo parece pues predisponer a Jeanne para el amor. A la salida del convento parece radiante, *«dispuesta a tomar todas las alegrías de la vida con las que ella soñaba desde hacía tanto tiempo»*.

El autor hace hincapié en un sentimiento de libertad gracias a la presencia del adjetivo *«libre»* que se repite en las primeras páginas de la novela.

Esta libertad es una invitación a saborear la vida y, de ese hecho, a soñar con un amor colmado de felicidad. Víctima de su inocencia en cuanto a la vida que le espera, ella está en desfase con la realidad. Tal es sin duda el elemento central, original de su vida desastrosa.

Hábilmente, el autor invierte progresivamente esta situación de idílicas apariencias y comienza a poner todos los medios para preparar a Jeanne para la desgracia. Con motivo de su primer encuentro con Julien, Maupassant destaca unos trastornos engañosos para simular el nacimiento de una gran pasión. *«Ella enrojecía y palidecía encontrando su mirada y se estremecía oyendo su voz»*, un estado que hace referencia claramente al flechazo de Fedra a la vista de Hipólito: *«Yo lo vi, enrojecí, palidecí a su vista. Una turbación se desprendió de mi alma perdida.»* Sin embargo, el despertar de los sentidos no es en ningún caso el del sentimiento amoroso, Jeanne no deja de preguntarse sobre sus verdaderos sentimientos respecto a Julien. Lo que marca una clara ruptura entre la felicidad esperada y la dolorosa realidad es con toda seguridad la noche de bodas. Una escena descrita según unos sentimientos de miedo y violencia. Jeanne toma entonces conciencia de que su vida de esposa, y más particularmente de esposa de Julien, se limita a la satisfacción de los deseos carnales de su marido.

Abrumada por sus desilusiones, Jeanne conoce todas las taras del matrimonio, la infidelidad, la indiferencia y la soledad hasta los horribles dolores del parto para acabar en una precoz viudedad. Ella es la encarnación del fracaso matrimonial.

Jeanne o el fracaso de una madre

Jeanne no es únicamente víctima de su destino en su unión con Julien, en su rol de madre es también burlada y hundida doblemente en el fracaso.

Estando embarazada, mientras descubre el adulterio de Julien con Rosalie y su paternidad ilegítima, ella permanece indiferente a su propio embarazo y se aparta tanto o más toda vez que ese hijo es el resultado, no de un deseo, sino de una casualidad. Cuando da a luz, el autor insiste esencialmente en el dolor físico que ella siente, lo que es indicio de un mal presagio, de una futura vida de madre desgraciada. Pero desde la llegada del niño, Jeanne siente despertar en ella una *«fibra maternal»* que se traduce por un amor fanático hacia su hijo Paul.

Ella es esa madre posesiva cuyas artimañas rayan la obsesión. Sin Paul ella no es nada, se hunde en una cierta locura que la priva de todo comportamiento razonable. Su amor por Paul está marcado por unos celos constantes, celos de la nodriza, y más tarde de la amante de su hijo. Ella se vuelve entonces violenta en gestos y en palabras, lo que parece estar en discordancia con su fría aceptación de las infidelidades de Julien. Su rol

de madre está caracterizado por un egoísmo sorprendente. Su deseo de otro hijo no proviene más que del miedo a encontrarse sola.

Se podría acusar a Paul de ingratitud respecto de Jeanne que parece completamente abnegada, sin embargo al quererlo demasiado dándole su amor, acaba por agobiarlo.

Jeanne o el fracaso de una educación

Jeanne no ha sabido dar una educación a su hijo, toda vez que trata de poner todos los medios para conservarlo. Tanto es así que su abusiva protección lo hace huir. Ella participa de este modo en el fracaso de la vida de Paul. Finalmente todo lo que ella produce lleva el estigma del fracaso.

El barón ha concebido un plan preciso para la educación de su hija, queriendo hacerla «feliz, buena, recta y tierna». Para alcanzar su objetivo, la ha conservado hasta los doce años en el domicilio familiar rodeada de todo el amor y toda la protección que sus padres podían ofrecerle, para a continuación confiarla «a los esmerados cuidados de las religiosas» para perfeccionar su educación. Casi prisionera, sale del convento completamente ignorante de las vicisitudes de la vida. Durante ese encierro, ella no ha vivido más que en sus sueños y sus esperanzas que ha querido disfrutar desde el momento de su salida del convento. Víctima de su ignorancia e inocencia, está al margen de la realidad en la que se encuentra. Su inocente aspecto, su falta de personalidad hacen de ella un ser sumiso, que se somete a su destino, a su matrimonio roto, a su maternidad, a la indiferencia de su hijo, frente a lo que no puede reaccionar, de ahí la necesidad de estar constantemente apoyada.

Es el barón quién decide su boda y la educación de Paul, es el cura Tolbiac quién le muestra que una religión estricta es la solución a sus problemas y es Rosalie quién la administra al final de su vida.

Jeanne es representativa del fracaso de toda una vida. Está decepcionada por la existencia contraria a sus aspiraciones pero también por los seres que la rodean. Debe entonces intentar sobrevivir en un mundo que se estrecha al ritmo de la melancolía que la caracteriza.

La muerte en *Una vida*

Esta primera novela de Maupassant está dedicada a la existencia de un personaje en el que el lector puede descubrir los diferentes acontecimientos determinantes que lo han afectado. Ahora bien, esta vida adquiere todo su sentido y evoluciona según las diferentes apariciones de la muerte en el relato. Es evidente que numerosos temas pueden desprenderse de la lectura de la novela, pero uno de los aspectos más contradictorios de la novela debe ser estudiado en profundidad.

En efecto, en la novela la omnipresencia de la muerte también sirve de referente a la vida de la protagonista. Se muere mucho en *Una vida* y Jeanne asiste poco a poco al despoblamiento, incluso al aniquilamiento de su universo. La muerte toma varios rostros: tanto es natural, como accidental, como criminal, violenta o suave, golpea también a los humanos como a los animales.

Una recapitulación de sus diferentes intervenciones permite comprender la voluntad de Maupassant de presentarla en estrecha relación con la existencia de Jeanne que paradójicamente sobrevive en lugar de vivir. La muerte aparece de un modo metafórico desde las primeras páginas de la novela y más concretamente a partir de la espantosa noche de bodas de Jeanne. En efecto, esa violación que perpetra Julien pone fin a todas las ilusiones de las que Jeanne se había deleitado, a todos sus esperanzas de dicha. Más

adelante la muerte se concretiza poco a poco y adquiere un aspecto más espantoso todavía. Entra realmente en escena cuando se lleva a la baronesa y luego al segundo hijo de Jeanne. La muerte prosigue su camino de este modo, aniquilando a todos los cercanos a la protagonista: Julien, el barón, la tía Lison y la esposa de Paul.

Algunas muertes son vividas en directo, pensamos especialmente en la de la baronesa o en la de la perra, otras muertes son simplemente evocadas, la del marido de Rosalie o la de la esposa de Paul. A veces discreta y rápida (en el caso del barón y de la tía Lison), la muerte también puede dar lugar a largas descripciones realistas como la de la baronesa y la de la perra pariendo. En otros momentos la muerte es mencionada a través de una dimensión trágica de una absoluta crueldad, es el caso para la de Julien y de su amante, de la perra y sus crías.

Cada personaje tiene una muerte que le es propia, es decir que se le parece. La tía Lison muere en total discreción en su habitación, a imagen de lo que fueron su vida y su personalidad. La baronesa sucumbe mientras hacía «*su ejercicio*», mientras que el barón entregará el alma pagando las deudas de Paul. Julien y Gilberte desaparecen tras un acto de una violencia extrema en su nido de amor.

Pero natural o provocada, la muerte es siempre inesperada y precipitada, solo el perro *Massacre*, como su nombre indica, sufre una larga agonía.

Todos estos muertos que rodean la vida de Jeanne parecen realmente estar en contradicción con el título que ha elegido Maupassant, lo que plantea una paradoja evidente, los personajes que desean vivir son aniquilados mientras que Jeanne que rechaza la vida cuando descubre el adulterio de Julien, está condenada a permanecer sobre la tierra y a entregarse a su suerte.

Jeanne reacciona de diferente forma ante las intervenciones de la muerte en su universo. Pese a estar estrechamente relacionada con todos los muertos que ilustran la novela, no será testigo más que de la muerte de la perra. Además, cada muerto se define en función de la mirada y sentimientos de Jeanne. Cuando la baronesa fallece, la reacción de los demás personajes está dada de modo lapidario. El barón «*llora mucho*», Julien «*permanece estupefacto*», demasiado sorprendido para adoptar «de golpe el rostro y la continencia necesaria», mientras que la descripción del desconcierto de Jeanne frente al *shock* al que se enfrenta por primera vez, necesita varias páginas. Sus reacciones ante la muerte de la baronesa pueden ser definidos según tres movimientos: una toma de conciencia del cuerpo sin vida de su madre, «*No volvería a moverse, ya no se reiría, no cenaría nunca más...*», luego unas preguntas sobre la suerte del alma tras la vida, «*¿Dónde estaba ahora el alma de su madrecita? [...] de ese cuerpo inmóvil y helado?*», y finalmente un descubrimiento, el de las cartas de su madre, que desencadenará una violenta reacción, «*se puso a llorar de un modo horroroso con gritos involuntarios que le desgarraban la garganta* ».

Los demás muertos que salpican el relato tendrán cada vez menos importancia a los ojos de Jeanne. En efecto, la llegada del niño nacido muerto es mencionada de modo fugaz a pesar de toda la voluntad y esfuerzos que han animado su deseo de procrear una segunda vez, «poco a poco se anima». La muerte del barón y de la tía Lison no son objeto de ninguna atención en particular, como si Jeanne estuviese extenuada de esta sucesión de desapariciones. Maupassant presenta su dolor como una especie de «*entumecimiento*».

El espacio vacío que se crea en torno a ella la arrastra a una desesperación sin límites, y le quita cualquier deseo de vivir a fin de «*no sufrir más, no pensar más*».

Jeanne aparece como el único superviviente de ese mundo avocado al fracaso, poblado de fantasmas del pasado que hacen su existencia absurda.

Este texto fue traducido del francés por José M. Ramos en marzo de 2008 para
<http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>

Texto original en francés, propiedad de Studyrama 2006. Digitalizado en
<http://www.studyrama.com>